

Lucas 15:11-32

Sermón Lucas 15:11-32 Cuaresma 4 2013 Isaías 12:1-6; 1 Cor. 1:18,22-25.

Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírlo, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: —Este recibe a los pecadores y come con ellos. Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: ... «Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde”. Y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo, el hijo menor se fue lejos a una provincia apartada, y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia y comenzó él a pasar necesidad. Entonces fue y se arrió a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual lo envió a su hacienda para que apacentara cerdos. Deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Volviendo en sí, dijo: “¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros’ ”. Entonces se levantó y fue a su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió y se echó sobre su cuello y lo besó. El hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo”. Pero el padre dijo a sus siervos: “Sacad el mejor vestido y vestidle; y poned un anillo en su dedo y calzado en sus pies. Traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta, porque este mi hijo muerto era y ha revivido; se había perdido y es hallado”. Y comenzaron a regocijarse. »El hijo mayor estaba en el campo. Al regresar, cerca ya de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. El criado le dijo: “Tu hermano ha regresado y tu padre ha hecho matar el becerro gordo por haberlo recibido bueno y sano”. Entonces se enojó y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrara. Pero él, respondiendo, dijo al padre: “Tantos años hace que te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con ramera, has hecho matar para él el becerro gordo”. Él entonces le dijo: “Hijo, tú siempre estás

conmigo y todas mis cosas son tuyas. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado”». (Lucas 15.11–32)

Tal vez ésta sea una de las partes más conocidas del Nuevo Testamento. El hijo perdido, o el hijo pródigo, presenta una de las imágenes más impresionantes del amor y el perdón de Dios. Pero en parte por ser tan conocida, y en parte porque muchas veces se pasa por alto la introducción y la continuación con el hijo mayor, muchas veces es también una de las partes en que las personas no comprenden completamente el impacto de esta parábola. Nosotros queremos ver esta parábola en su contexto, y así no perder algunos de los puntos poderosos que Jesús presenta al contar esta parábola. Consideraremos el tema: **Dos hermanos con dos caminos equivocados**. Veremos que el hermano menor pecó abiertamente, pagó las consecuencias, se arrepintió y fue restaurado. Veremos que el hermano mayor peca con su fariseísmo, su falta de amor, y veremos que queda abierta la pregunta si reconoce y se arrepiente de su pecado.

El texto comienza con darnos la situación en que Jesús presenta esta parábola. “Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírlo, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: —Este recibe a los pecadores y come con ellos”. Así que, Jesús habla esta parábola del hijo perdido que vuelve y da alegría al padre que lo había extrañado y deseado ver otra vez todos estos años frente al rechazo de estos fariseos y escribas a Jesús por reclamar con amor divino a la gente perdida de la sociedad judía, los cobradores de impuestos y los “pecadores”, gente inmoral. En vez de alegría porque la gracia de Dios estaba disponible aun para el peor pecador que se arrepintiera, les daba asco pensar que uno que era un maestro religioso comiera con personas que habían sido así. Así que Jesús en su parábola va a tener un paralelo a esos publicanos y pecadores que con arrepentimiento se regocijaban con la gracia de Cristo, y también un paralelo con los escribas y fariseos que indignados rechazaban esa exhibición de la gracia de Dios.

Comencemos con la imagen de los publicanos y pecadores. “Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos dijo a su padre: ‘Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde’. Y les repartió los bienes.” Este hijo no está contento de vivir bajo el techo y el control de su padre. Quiere ser independiente. Quiere tener el control de su parte de la hacienda —y ahora, no después. Como un comentarista dijo, esto es como decir a su

padre que es un estorbo, que estaría mejor si estuviera muerto. Porque dividir la herencia —le correspondería la tercera parte de los bienes— es algo que se hacía después de muerto el padre. Pero sorprendentemente, el padre divide su propiedad, asignando la tercera parte al menor, los otros dos tercios al mayor, conforme a ley. Con su nueva libertad, hasta estar en la presencia de su padre le parece a este hijo un estorbo que podría limitar su libertad de acción. Así es que “No muchos días después, juntándolo todo, el hijo menor se fue lejos a una provincia apartada”. Allí no habría la voz de desaprobación de su padre ni de su hermano mayor. Allí podría realmente vivir, vivir como le daba la gana, sin que nadie le dijera no. Se imaginaba, como tantos hoy también, que la vida consistía en una vida sin control, sin disciplina, haciendo todo lo que le daba la gana. “Y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente”. No describe los detalles, pero podemos imaginar algo de la vida que llevaba allí en esa tierra lejana —mientras duraba el dinero. Allí habría sido admirado, invitado a todas las mejores fiestas, siempre con sus amigos en la diversión. Parecía que tenía la vida ideal.

Pero lo que le prometía felicidad y comodidad de pronto le falló. “Cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia y comenzó él a pasar necesidad”. Todos los amigos de los días prósperos lo abandonaron. La necesidad lo obligó a tomar medidas duras. El que había sido tan descontento al lado de su padre, ahora tenía que “pegarse” a un hombre de esa región, es decir, depender totalmente de él como un esclavo, y fue enviado a lo que, para un judío, era la mayor desgracia. Tuvo que alimentar a los cerdos. Tan extrema era su necesidad, que deseaba comer las algarrobas que daba a los cerdos, pero ni eso le daban. Lo que le había parecido una vida de perfecta felicidad y diversión, había resultado más bien una pesadilla.

Como en la providencia de Dios a veces sucede, cuando la realidad de los frutos del pecado se hace evidente, a veces la persona es llevada a reflexionar. En este caso, este joven en su extremidad reconoció que los que fueron esclavos de su padre vivían mucho mejor que él con su una vez imaginada libertad. “Volviendo en sí, dijo: ‘¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros’ ”. Reconoce que en primer lugar,

su pecado ha sido contra Dios, “contra el cielo”. Porque al pecar contra su padre, había transgredido también el mandamiento de Dios, “Honra a tu padre y a tu madre”. Pero reconoce al mismo tiempo que ha ofendido contra su padre, de modo que ha perdido todo derecho de apelar a su estatus de hijo. Depende totalmente de la bondad y misericordia de su padre, planea pedir que lo acepte como uno de sus empleados.

Cuando cumple su resolución, y se está acercando a su antiguo hogar, listo para recitar su confesión y petición, el padre, reconociéndolo desde lejos, abandona toda dignidad y corre para encontrar a su hijo indigno. “Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió y se echó sobre su cuello y lo besó”. Cuando el hijo comienza a recitar su confesión, el padre, lleno de amor, ni le deja terminar. Más bien, de pura gracia, manda a sus siervos: “Sacad el mejor vestido y vestidle; y poned un anillo en su dedo y calzado en sus pies. Traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta, porque este mi hijo muerto era y ha revivido; se había perdido y es hallado”. Y comienza la fiesta. El hijo que se había perdido se recuperó. Hasta los siervos participan en la gozosa fiesta, una fiesta con músicos y danza y cánticos de gozo.

Todo esto retrata la reacción del cielo sobre un pecador que se arrepiente. El Padre celestial no se deleita en nada tanto como en mostrar misericordia y perdón a los pecadores que reconocen su pecado y vuelven arrepentidos a su Padre, confesando su indignidad pero confiando en Cristo y la gracia que él estaba mostrando a esos publicanos y pecadores arrepentidos cuando los perdonó, y mostró su perdón entrando en comunión con ellos, comiendo y bebiendo con ellos.

Pero este hermano penitente no es el único en la familia. Escuchamos del hermano mayor que ha estado trabajando en los campos, que se acerca y escucha el ruido de la fiesta y pregunta qué es lo que pasa. El siervo a quien dirigió la pregunta le dice: “Tu hermano ha regresado y tu padre ha hecho matar el becerro gordo por haberlo recibido bueno y sano”. Se pensaría que también para él deberían de ser buenas noticias que su hermano ha vuelto después de tantos años. Debería también unirse a la fiesta y compartir el gozo de su padre. Pero no. Al contrario: “Se enojó y no quería entrar”. Aun cuando su padre rogó que entrara y se uniera a la fiesta, se negó indignado. “Tantos años hace que te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando

vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con rameras, has hecho matar para él el becerro gordo”. No sólo no ama a su hermano como su padre lo hace, cree que él merece mucho más de lo que ha recibido. Se queja de la injusticia de su padre en hacer una fiesta para el hijo que volvió, cuando él, que cree que ha servido como un esclavo a su padre, nunca recibió nada por el estilo. ¿Se dan cuenta? No hay ni el menor rayo del amor que expresa tan libremente el padre. No reconoce al arrepentido como su hermano; es sólo “este hijo tuyo” que ha malgastado todo “con rameras”, así interpretando todo en el peor sentido. No ha salido de casa como su hermano menor, pero su corazón está tan lejos de su padre como lo había estado el de su hermano. Pero no lo ha reconocido, así que puede tener el lujo de juzgar a su hermano y resentir la falta de recibir lo que merecía con su comportamiento ejemplar todos estos años.

Pero el padre sólo otra vez le invita a unirse a su gozo por el hijo perdido que ha regresado, es decir, le invita a que él mismo se arrepienta de su falta de amor, su juicio farisaico, su sentimiento de superioridad y mérito.

¿Y qué hace? No lo sabemos. Jesús deja la historia allí. ¿Verán esos escribas y fariseos que lo están juzgando por demostrar el amor de Dios a los pecadores arrepentidos, los publicanos y pecadores, que ellos también necesitan el arrepentimiento? ¿Que sus corazones que se endurecen contra sus hermanos que han caído en el pecado realmente los aleja tanto del corazón amoroso del Padre celestial como lo hacen los pecados abiertos y evidentes de los publicanos y pecadores? ¿O seguirán en su obstinación y demostrarán así que de ningún modo son verdaderos hijos del Padre celestial que es fiel y justo para perdonar a los pecadores que confiesen sus pecados, y cuyos ángeles en el cielo se regocijan por un pecador que se arrepiente? Son buenas preguntas, preguntas que se dirigen también a todos nosotros. ¿A quién en esta parábola nos asemejamos? ¿Compartimos nosotros el gozo del Padre celestial y sus ángeles por cada pecador que se arrepiente? ¿O pensamos como el hijo mayor que los pecadores arrepentidos son sólo un fastidio y que Dios es injusto si salva a ellos? Dios quiera que demos la respuesta correcta. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si

decimos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso y su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1.8–10)